

alimentar á Roma, mandándole la vigésima parte de la cosecha de trigo, pagándolo al precio que quería. Añádase á esto las levadas de gente para sostener el Imperio contra el ataque continuado de sus enemigos; la enormidad de otros impuestos; la sórdida codicia de censores, inspectores y exactores; los enjambres de viles y empedernidos monopolistas, que con el título de publicanos arruinaban á las gentes, «haciendo profesión de enriquecerse con la miseria del pueblo»; la carga pesadísima de dar alojamiento á los gobernadores y á la nube de parásitos que los acompañaban; las injusticias de los grandes y sus brutales atropellos, cometidos á la sombra de la venalidad ó indiferentismo de la justicia imperial; la corrupción de costumbres, importada aquí por patricios, colonos y veteranos, y se tendrá una pálida idea del estado social de España en aquella época.

Era la Península la porción más rica del Imperio. Dice Plinio que muchas comarcas de la Celtiberia daban dos cosechas de trigo al año. El exquisito vino de la Tarraconense era preferido al de Italia; de él existían grandes plantaciones en Oriente y Mediodía. España surtía á Roma de púrpura, á pesar de haberse generalizado tanto el uso de este artículo, que hasta por último servía de adorno á los soldados. El aceite, la cera, la miel, las frutas de todas clases, eran muy apreciadas en la Metrópoli; y los españoles hacían con todos sus productos riquísimo comercio,

especialmente con metales, abundantísimos en la Península. El país de recreo de los potentados romanos era España: toda la Bética estaba cubierta de hermosísimas quintas, adornadas con lujo oriental. Notabilísimo era el progreso material, del cual todavía quedan vestigios, como los restos de la gran red de carreteras, admirablemente construídas, que enlazaban los puntos importantes de la Península; y del superior progreso de las artes dan testimonio el gran número de estatuas que enriquece nuestros museos, el puente de Alcántara, el arco de Mérida, el palacio de Augusto en Tarragona, los acueductos de Segovia y Mérida, las ruinas de Itálica, inmortalizadas por Rodrigo Caro y Rioja, los templos, baños, aras, columnas, vasos, lápidas, etc. Por cima de todo sobresalía la cultura intelectual, que casi llegó á oscurecer la de la misma Roma, y aún la grandeza política. Hijos de nuestro suelo fueron tres de los mejores emperadores: Trajano, Adriano y Teodosio *el Grande*; otros fueron proclamados en España; y nunca dejará de admirar la humanidad las preciadas bellezas que contienen las obras de los dos Sénecas, Lucano, Marcial y Quintiliano, Columela, Lucio Floro, Cornelio Balbo, Pomponio Mela, etc.

## XIV

### *El Cristianismo en España*

LA Providencia había sujetado el mundo á Roma para hacer más fácil y rápida la difusión de la celestial doctrina de Jesucristo. Cupo á España la gloria de que vinieran á sembrar en su fértil suelo la fecunda semilla san Pablo y Santiago el Mayor. Sucieron á estos santos Apóstoles,—cuya venida á España, fundada la del primero en sus propias palabras y en autoridades nacionales y extranjeras, y la del segundo en admirable y constante tradición y en la autoridad de la Iglesia, nadie pone en duda,—los siete Varones Apostólicos enviados desde Roma por san Pedro y san Pablo, por los años 63 al 65 del nacimiento del Mesías: Torcuato Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesicio y Eufasio, quienes arribaron á Guadix, y después de portentoso milagro convirtieron á la población, extendiendo sus predicaciones por la Bética, así como por la Tarraconense la habían extendido los Apóstoles. Unos y otros fundaron las primeras iglesias españolas. Copiosísimo fué desde un principio el fruto recogido: la sangre de los mártires enrojeció la tierra española en la primera persecución, lo que no produjo más resultado que adelantar

la obra, como en todas partes. En el siglo II consideraba Tertuliano extendido el Cristianismo por toda la Península: á mediados del III, san Cipriano tenía relaciones con las iglesias de Mérida, León y Zaragoza, y Arnobio decía que en España eran innumerables los cristianos. A principios del IV celebrábase el Concilio de Elvira, el primero de España, al menos de los conocidos, al que asistieron diez y nueve obispos, siendo representadas por presbíteros otras muchas iglesias, dando para aquella época un total, perfectamente conocido, de treinta y dos, sin contar muchas del Norte: notabilísimo es este Concilio por lo numeroso de sus Cánones (81), y sobretudo por la pureza de la fe y el rigor de su disciplina, muy conforme, por otra parte, con la virtud de la doctrina católica, con las críticas circuntancias que atravesaba la Iglesia en aquel tiempo, con el carácter indomable de los Españoles, con el rigor de las persecuciones y con la facilidad lamentable de las apostasías. Innumerables fueron los mártires españoles, víctimas de la infernal tiranía de los déspotas romanos, sobre todo en la persecución de Diocleciano, cuyos decretos fueron aplicados en España con lujo satánico de crueldad por el feroz Daciano. Cuéntanse, entre las más ilustres víctimas, además de los santos diáconos Lorenzo y Vicente, las dos Eulalias de Mérida y Barcelona, santas Justa y Rufina de Sevilla, los niños Justo y Pastor en

Alcalá de Henares, santas Marina y Eufemia en Orense, san Víctor en Gerona y los innumerables mártires de Zaragoza, entre los que descuella, como rosa gentil de embriagador aroma espiritual, santa Engracia.

Mas la Iglesia española seguía impávida su triunfal carrera, iniciando su jerarquía y sumisión á la Santa Sede, multiplicando sus concilios, depurando las costumbres del clero, hasta el punto de prohibir el de Elvira el uso del matrimonio á los clérigos superiores y á los que estuviesen de servicio, y siendo admiración del mundo por la energía de sus mártires, las heroicas virtudes de sus santos y la profunda sabiduría de sus obispos, bastando uno solo, Osio, presidente del Concilio de Nicea, á cubrirla de gloria.

## XV

*El pueblo cristiano*

HEMOS visto á España derramar con pródigo entusiasmo su sangre y sus riquezas por defender su independencia. A primera vista parecen demasiado caros sus generosos sacrificios, y así lo fueran, si á trueque de ellos, sólo hubiera podido conseguir la civilización que le prestaron los Romanos. Pero tal como estaba constituída España necesitaba que una mano de hierro uniera tantas voluntades discordantes, que hiciera penetrar en todas las inteligencias la idea de una patria común que se engrandeciera con sus heroicos recuerdos, y sobre todo que la profesión de una misma fe religiosa constituyera el formidable baluarte que debía prestarle fuerza y vigor suficientes para resistir las impetuosas tormentas que había de arrostrar. Pero la misma cultura romana había engendrado en los Españoles, sobre todo en las clases directoras, los mismos hábitos de disolución, la misma ponzoña y espantosa corrupción, que dió al traste con el majestuoso imperio de los Césares. Mas todo lo que no había podido crear la pomposa civilización romana, lo que faltaba para la constitución fuerte y vigorosa de la nación, lo trajo de un

solo golpe la divina religión del Crucificado: tal fué la clase media, el pueblo noble y sufrido, la familia cristiana. A la sombra de la cruz, bajo la amorosa protección de la Iglesia, iba creciendo y desarrollándose esa planta majestuosa que había de absorber y asimilarse las portentosas fuerzas vivas que empezaban á brotar de las selvas de Germania. Todos los esfuerzos anteriores vienen á parar á este magnífico resultado, y de él surten, como de manantial inagotable, todas las energías, todos los heroísmos que habían de constituir la patria de Recaredo y san Fernando.

## XVI

*Los Bárbaros*

A consecuencia de haber retirado Estilicón las fuerzas que guarnecían las riberas del Rhin para resistir las formidables embestidas de los Visigodos, se derramaron cual impetuoso torrente por las Galias los Suevos, Alanos, Vándalos y Borgoñones. Estableciéronse éstos últimos en la región que de su nombre se llamó Borgoña, y los demás vinieron á España. Esta horrorosa invasión aniquiló la espléndida civilización romana: poseídos los Bárbaros de un satánico espíritu de exterminio, todo lo arrasaron. Ruinas humeantes dejaron por doquier. Nada les opuso resistencia: los ricos, envilecidos por su espantosa corrupción: los pobres (siervos, esclavos y libertos) porque no tenían que perder otra cosa que la vida, y ésta poco les importaba, ó bien por odio á sus inhumanos dueños, ó porque esperaran mejorar de suerte, ilusión natural del mísero. El verdadero pueblo católico, mal hallado con la satánica perversión de costumbres, consideraba aquel tremendo azote como un castigo de Dios, y esperaba confiado en su justicia. Por otra parte, nada podía hacer, pues las herejías y las persecuciones lo tenían abatido. Era

necesario regenerar aquella sociedad con sangre nueva y con los ejemplos de virtud y sobriedad que consigo traían aquellos bárbaros. Hartos de matanza y de pillaje comprendieron éstos que debían, si no restaurar lo destruído, en lo que su misma incapacidad no les dejó pensar, por lo menos conservar lo existente, pues la peste se cebaba entre ellos mismos, y las fieras, encarnizadas con los muertos, atacaban á los vivos, despedazando cuanto encontraban para saciar su cruel voracidad, en lo que llegaron á aventajarles muchos seres humanos, que sacrificaron á sus propios hijos. Entonces se repartieron la Península, estableciéndose los Suevos en Galicia; al SE. los Vándalos; los Alanos en Lusitania y los Vándalos Silingos en Andalucía. La Tarraconense, Celtiberia y Carpetania quedaron en poder de los Romanos. Pocos rastros dejaron estos pueblos en la Península. Los Silingos fueron completamente exterminados por Walía, quien derrotó también á los Alanos, los cuales se unieron con los Vándalos, y juntos marcharon poco después á devastar el Africa, llamados por Bonifacio. Lo Suevos fueron sometidos por Leovigildo.

## CAPÍTULO II

### EL PUEBLO VISIGODO